EL MERIDIANO
Carlos Sauras

Educación y fracaso

UNA parte de nuestros jóvenes se va a encontrar con una seria dificultad para remontar las consecuencias de esta crisis. Cuando la situación económica despunte, que algún día tendrá que ocurrir, un buen número de jóvenes habrá sufrido el fracaso escolar que arrastramos desde hace años. En febrero, un informe del Gobierno aragonés indicaba que era la primera de las debilidades del sistema educativo. Se decía que el número de repetidores ha pasado, en veinte años, del 12% al 26% y alcanza el 36% a la edad de 15 años. El 40% del alumnado repitió curso antes de llegar a 4º de Secundaria.

Hace unos días, el informe del programa 'Educación para todos' de la Unesco ha señalado que España tiene el mayor abandono escolar de Europa. Uno de cada tres alumnos deja la ESO sin obtener el título. Si a ello añadimos la tasa de desempleo juvenil, casi el 49%, tenemos un panorama que pide a gritos una reflexión seria sobre nuestro sistema educativo.

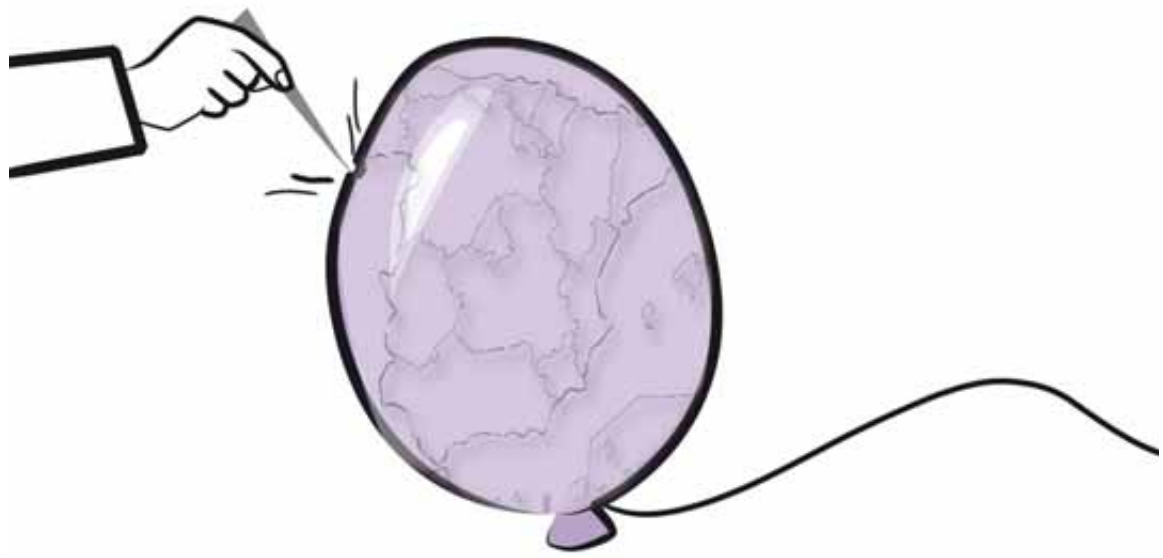
El Gobierno abrió el debate anunciando la Ley Orgánica para la Mejora de la Calidad Educativa. Algunos de los objetivos de ese proyecto no parecen cuestionables. Por ejemplo, el aumento de las horas de las asignaturas instrumentales –Matemáticas, Inglés, Ciencias o Lengua–. Como es necesaria la reforma de la Formación Profesional, buscando un mayor contacto con las empresas. Y también parece conveniente que los alumnos tengan evaluaciones externas, las reválidas que hicieron posible en su momento una selección escolar exigente.

Para muchos, siete reformas de la educación pueden resultar excesivas. Sin restar importancia a los pasos dados desde la Transición, en realidad fue la primera de las reformas, la Ley General de Educación del ministro Villar Palasí, la que puso los cimientos, en 1970, de una educación moderna. Estableció la obligatoriedad y gratuidad hasta los 14 años y fijó la nueva estructura educativa de la EGB, BUP, COU y FP.

En estos momentos, los problemas exigen generosidad por parte de todos –partidos, educadores, sindicatos y familias– y disposición decidida para mejorar la calidad de una educación que debe preparar a los jóvenes para moverse en un futuro difícil.

EL REFLEJO | Para salir de la crisis, España debe crecer y crear empleo y los españoles tenemos que alcanzar un consenso amplio sobre cómo repartir los costes y los sacrificios que impone esta situación
Por Antonio Aznar Grasa, catedrático de Econometría y Métodos Estadísticos

De la crisis solo se sale si...



HERALDO

RECIENTEMENTE, unas declaraciones del presidente del Banco Central Europeo han hecho que nuestra prima de riesgo baje a un nivel que, aunque alto, parece más razonable. Algunos interpretan esto como un principio de solución a nuestros problemas. Pero no nos engañemos. El problema no se resuelve cambiando de acreedor sino empezando a devolver la deuda. Si no se inicia esta devolución, puede pensarse en un alivio transitorio pero poco más.

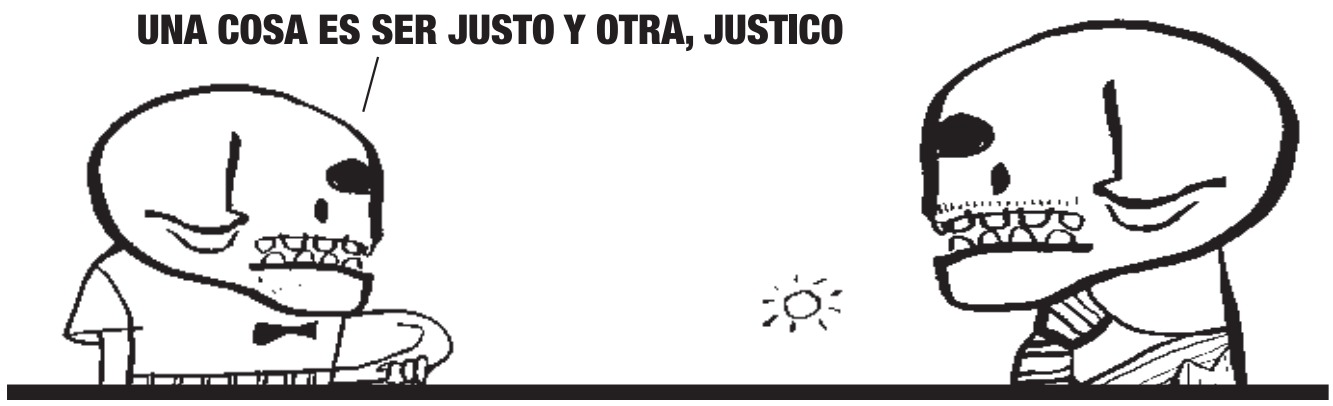
Para salir de verdad de la crisis las dos cuestiones que tenemos que resolver de forma inmediata los españoles son: primero, crecer creando empleo de forma sostenible; y, segundo, conseguir un consenso respecto a cómo repartir los costes asociados con la salida de la crisis.

Crecer creando empleo significa incrementar el producto interior bruto en un 2% o más sin que este crecimiento se vea amenazado por la presencia de una burbuja en alguno de los sectores de la economía española. La crisis que padecemos es fruto de la presencia de burbujas, estrechamente interrelacionadas, en tres sectores: el inmobiliario, el financiero y el sector exterior. Las dos primeras las hemos tratado y están en proceso de ajuste y solución. La salida no es fácil, porque el producto del primero tiene un periodo de maduración muy largo y, en lo que respecta al sector financiero, es difícil evaluar el deterioro total que se ha producido en el activo y cuánto de ese deterioro puede asumir una entidad según sea la calidad de su pasivo.

La burbuja del sector exterior todavía la seguimos alimentando. Nuestra deuda neta casi es nuestro PIB entero y los intereses que tenemos que pagar por la misma cada año rondan los 30.000 millones de euros. Y en lo que va del año 2012 hemos seguido creando nueva deuda. Mientras esta burbuja no entre en vías de solución, es decir, mientras no empecemos a devolver a los acreedores del exterior, será difícil conseguir un crecimiento sostenido. En un reciente artículo que publiqué en este mismo diario (HERALDO, 29 de mayo, pág. 20), traté de demostrar que la única vía posible para conseguir un crecimiento sostenido era que la diferencia entre las tasas de crecimiento de las exportaciones e importaciones fuera de 15 puntos o más. Teniendo en cuenta que el valor de las exportaciones y de las importaciones, en 2011, giró en torno a 320.000 millones, la diferencia de 15 puntos garantiza el crecimiento del PIB por el impulso en la demanda, logrando, al mismo tiempo, un margen positivo en el comercio exterior de unos 45.000 millones de euros que podríamos utilizar para pagar los intereses y para empezar a devolver la deuda. En el artículo mencionado intentaba argumentar por qué esta era la única opción que nos permite crecer reduciendo la burbuja exterior. Asumiendo que nos perdonan parte de la deuda podrían contemplarse otras opciones. Pero esto parece poco probable. Si queremos crecimiento sostenido no queda otra que empezar a devolver. Y eso es incompatible con seguir hinchando la burbuja del sector exterior como estamos haciendo todavía a mediados de 2012.

«Mientras no empecemos a pagar la deuda a los acreedores del exterior, será difícil conseguir un crecimiento sostenido»

Pero para crecer de forma sostenida es necesario, también, un consenso, lo más amplio posible, respecto a cómo repartir los costes de la crisis, tanto a nivel de clases sociales como a nivel territorial. Este consenso siempre es necesario en una sociedad, pero teniendo en cuenta la gravedad de la crisis que nos afecta todavía lo es más, porque tenemos que crecer pero sin poder disfrutar de lo que crecemos, ya que lo tenemos que dedicar a pagar los intereses de nuestra deuda exterior y a empezar a devolver parte de esa deuda.

Mi primera impresión es que, en el día de hoy, la sociedad española en lugar de avanzar hacia un consenso lo que parece es estar alimentando la confrontación. Una parte de la sociedad considera que las medidas tomadas por el Ejecutivo son una provocación, porque no resuelven los problemas macroeconómicos y porque atentan contra la idea de justicia social que se había alcanzado en los últimos años. Reflejo de este ambiente son expresiones del siguiente tipo, que es fácil oír por la calle, escuchar en la radio o leer en la prensa: «Yo no tengo nada que ver con esta crisis y, por lo tanto, que no me pidan ningún tipo de sacrificio para salir de la misma»; o, subiendo un poco el tono ideológico: «La crisis se está utilizando como una coartada para liquidar el Estado de bienestar que es el gran logro de consenso social y político alcanzado en el siglo XX». Si el Gobierno sigue con la política de recortes porque considera que, a largo plazo, unida a otras reformas estructurales, es la única manera de crear empleo –la continuidad la ha reafirmado el presidente del Gobierno, D. Mariano Rajoy, en una entrevista reciente en TVE– y si una buena parte de la población se identifica con los mensajes entrecomillados, el margen para que este país camine hacia un consenso amplio es muy escaso. Y, en mi opinión, sin este consenso es difícil lograr un crecimiento sostenido.

CANO